

unos pueblos de otros pueblos, y todos caminarán con los ojos puestos en la columna de fuego de su ideal religioso, á la patria celeste, á la Jerusalem divina.

¡Época grande! El espíritu de Dios desciende sobre el mundo; anima al hombre, anima toda la historia. La ciencia descansa en la ancha base de la inmortalidad del alma, de la unidad de Dios; el arte se siente más fecundo al inspirarse en el amor divino; la libertad, como un soplo de nueva vida, se esparce por todo nuestro sér; la igualdad de los hombres ante Dios, presenta el ideal de justicia de una sociedad perfecta, y todas las generaciones y toda la civilizaci6n vivirá ya animada por este soplo que baja del Calvario, en una misma fé, en una misma consoladora esperanza.

Señores: de nada servirían nuestras lecciones si con ellas solo nos propusiéramos un fin científico; es necesario que procuremos también un fin moral. La inteligencia que solo dá de sí un corazón corrompido, es como la flor que dá un fruto gusaniento. Y si en todos tiempos se necesita levantar el sentido moral, en ninguno se necesita en verdad tanto como en estos, en que el sensualismo y el principio de utilidad han corrompido á tantas conciencias. Somos jóvenes y debemos volver por la honra de la juventud. ¿Qué podemos prometernos de esta generaci6n, si cuando todavía tiene en sus labios la humedad de la leche y el

perfume del beso maternal, se muestra ya viciada, corrompida y vieja? Ya sabeis lo que de la juventud hoy se dice. Su inteligencia, dicen, se ha apagado en las cenizas de la tierra; las hermosas alas que Dios prendió á su corazón, han caído en el lodo; la flor de su vida, destinada á ornar el cielo, está ya tronchada y roída por el vil interés; no lucha por hacer el bien, sino por buscar el podrido alimento de sus pasiones; y así pasa sus días en el tedio, sus noches en el placer, y consume inútilmente el fuego de su existencia. ¡Ah! La juventud, sí; la juventud desmentirá estas calumnias. ¡Oh! Vosotros, que oís en el fondo de vuestro corazón las armonías de los grandes sentimientos; vosotros, que vais á formar con los hilos de vuestra vida toda la trama de la historia contemporánea; vosotros, que adivinando las maravillas encerradas en la conciencia, no quereis, no, profanarlas; vosotros, que guardais la idea cristiana en el espíritu como la nacarada concha guarda la perla; vosotros, educados en la libertad y destinados á hacerla grande y fecunda; vosotros, penetraos profundamente, primero de la idea del derecho, para que nadie mutile vuestra personalidad, despues de la idea del deber, é imprimid esta idea en la conciencia, como la ley de atracci6n está impresa en los astros; y seguid sus imperiosos mandatos, que nos obligan á adorar á Dios, como padre, salud y providencia del mun-

do, á hermosear en nosotros su imágen, realizando la verdad, la bondad y la hermosura en la tierra; á amar al hombre con aquel amor que inspiraba Jesús; cuando decía: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian; á fin de que seáis dignos hijos de vuestro Padre que está en el cielo, el cual levanta el sol sobre la cabeza de los buenos y de los malos, y llueve sobre los justos y los perversos, porque no es meritorio amar á los que os aman, lo cual hacen también los paganos, y vosotros debéis ser perfectos como vuestro Padre es perfecto:» santos principios, ideas santísimas, que pueden hacer de la tierra un templo, del alma un espejo donde se refleje el cielo; y así, vosotros, realizando con fé en el espacio el ideal de vuestro siglo, y vertiendo por do quier paseis el bien y el amor que rebosan vuestras almas, dejareis una estela inextinguible en la historia, morireis entre la bendición de vuestros hijos, y despues, desceñidos de los lazos de la materia que os atan al mundo, volareis, como la paloma á su nido, á descansar de este penoso combate en el seno del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos).

LA CIVILIZACION ROMANA.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Lo primero que á nuestros ojos aparece al estudiar los primitivos tiempos del Cristianismo, es Roma, y por consiguiente, lo primero que va á ocupar nuestro pensamiento, es la civilizacion romana. Yo no puedo mirar esa gran ciudad, último esfuerzo del espíritu de la civilizacion antigua, remate de sus edades, sin quedarme maravillado y atónito ante esa pobre guarida de gente dispersa sin patria y sin hogar, que de tan humilde cuna se levanta á ser debeladora de Italia, reina del mundo; ciudad que en el fuego sagrado, cuya centelleante llama arde siempre al pié de sus altares, va arrojando todas las razas para que se limpien de las manchas de las antiguas civilizaciones; ciudad que, iluminada por intuicion clarísima, subyuga á todos aquellos pueblos que